

cordia, se las comunicó para abreviar y facilitar el proceso de la evolución.

Ambas explicaciones son inadmisibles. Ningún testigo mejor que los mismos paganos, que vivieron en los límites de las dos épocas, y que pudieron ver con sus propios ojos y comparar las dos tendencias, la antigua, que esperaba, y la nueva, que triunfaba. Pues bien, á ninguno de ellos se le ocurrió ninguna de estas dos explicaciones, antes, por lo contrario, conservaron la suficiente lucidez de espíritu para preservarse de este error, ya que eran todavía capaces de distinguir una revolución de un desarrollo natural.

Y razón tuvieron en ello, porque era una revolución, en efecto, lo que tenía lugar, revolución legítima, moderada, es cierto, però revolución incontestable al fin. No fué ciertamente una revolución producida por la destrucción de lo que existía y de todo lo que el derecho y la tradición había consagrado, sino que aquella transformación se distinguió de las demás en que conservó, sin perder lo más mínimo, todo lo que la humanidad había practicado hasta entonces en materia de bien y de derecho, y lo declaró propiedad permanente de la humanidad. <sup>(1)</sup>

Sin embargo, la nueva religión proporcionó á aquella antigua tierra un tesoro inagotable de gérmenes sobrenaturales, y los arrojó sobre ella, de tal suerte, que pudo decirse, al verlos crecer, que eran semillas completamente nuevas y de un orden totalmente diferentes.

No es nuevo todo lo que vemos en el Cristianismo. Jamás nuestra religión ha reivindicado este título de gloria; jamás ha rebajado la naturaleza y la antigüedad hasta el punto de afirmar que las cosas naturales é históricas carecen de valor alguno; esto es contrario á su espíritu. Al revés, todo lo que puede ser conservado, lo conserva y lo salva de la ruina.

Hay, pues, muchas cosas verdaderamente naturales en nuestra religión, y cosas más naturales que en las llama-

(1) Justin., *Apolog.*, II, 13.

das religiones naturales; porque ella las ha purificado de la escoria y de la podredumbre adheridas á éstas. Pero esto no impide que muchas cosas, en su parte principal y en su naturaleza, sean completamente nuevas, porque son puramente sobrenaturales. Mas también hay cosas que, en sí mismas, no se elevan por encima de lo que es puramente natural, cosas que se encuentran en las civilizaciones no cristianas, y que no deben atribuirse á influencias externas, porque también son verdaderamente cristianas en su origen. Curiosísimo es, por ejemplo, que los cristianos, que han sacado de la civilización árabe número tan crecido de las más diversas expresiones relativas á la historia natural, á las matemáticas, á la ciencia del gobierno y de la guerra, no les hayan tomado un sólo término referente á la vida espiritual interior. <sup>(1)</sup> ¿Con cuánta más razón deben, pues, calificarse de ineptos esos esfuerzos modernos intentados para hacer derivar del Paganismo las doctrinas que propiamente pertenecen al Cristianismo?

Digamos las cosas como son. Puede llamarse á la religión cristiana lo mismo una reacción que una revolución contra las civilizaciones y las religiones antiguas, pero de ningún modo una evolución de estas civilizaciones y religiones. Es reacción, en cuanto entraña el restablecimiento de la religión y la moral naturales en toda su pureza, y es revolución, en cuanto las implanta como religión sobrenatural. Es, para repetir una imagen ya empleada, como una tormenta saludable que lava el polvo adherido á las hojas y refresca las fuerzas vitales próximas á extinguirse, pero que lleva también consigo multitud de nuevos principios de vida.

El Cristianismo difiere, pues, de todas las civilizaciones de la antigüedad.

La civilización romana se parece—que se nos perdone la expresión, pero no encontramos otra que exprese mejor la idea—á un cuarto de objetos inservibles. Toda su-

(1) Diez, *Gramatich der roman. Sprachen*, (2) I, 97.

perstición era bien recibida allí. Cuando de ellas estaban hartos en Egipto, en Frigia, en la Galia, sus hambrientos secuaces encontraban inmediatamente en Roma una acogida benévola. Ni siquiera se esperaba allí á que el mobiliario viejo fuese voluntariamente cedido, sino que se apoderaban de él violentamente, es decir, robaban los dioses, las costumbres, las ideas de las ciudades conquistadas. Todo ello tenía sitio á propósito en el Panteón. <sup>(1)</sup> El efecto que esto debía producir en los espíritus, Dios lo sabe; en cuanto á las costumbres, demasiado lo sabemos.

Mientras los griegos fueron capaces de civilización, no produjeron nada nuevo; pero supieron, como hábiles artistas, adobar, extender, trabajar de la manera más delicada, las pieles que recibían de fuera; y luego se aferraban á ellas como esas antiguas familias decaídas de su esplendor primitivo, que, viviendo del recuerdo de mejores días, son incorregibles en su mezquina vanidad y vuelven sin cesar sobre un hermoso pasado que ya no existe.

Sin duda, el Oriente ha creado mucho nuevo, si podemos aplicar esta expresión á la actividad humana, pero, para esto, era preciso que cada vez desapareciese lo antiguo sin dejar rastro. El Oriente es el país de los continuos cambios, de las innovaciones sin fin. Aun ahora, que está fosilificado, y que ha pasado al estado de momia, sería un error creer en la inmutabilidad de sus costumbres y opiniones. Ningún país ha producido tantas revoluciones y fermentaciones—ni siquiera Francia—como China, á la que se cree inmovilizada hace siglos. <sup>(2)</sup> En los tiempos antiguos, cuando aun había vida, era mucho peor. Preciso es añadir á esto que, en cada una de sus acciones, en cada uno de sus cambios, sufría el Oriente excesos desmesurados y monstruosos. Nunca dejaba subsistir los límites antiguos, nunca permitía que nada adquiriese solidez;

(1) León el Grande, *Serm. 1, in nativit. Petri et Pauli*, (82) c. 3.

(2) Huc y Gabet, *Viajes á través del imperio chino* (Edición alemana, Leipzig, 1874, 194 y sig., 269). Cf. Huc, *Recuerdos de un viaje por Tartaria, Thibet, China*, 1853, I, 412 y sig., 417.

siempre comenzaba esperanzado de llegar á la moderación, á la claridad, á la solidez, á algo definido, pero siempre le faltaba el tiempo necesario.

Frente á estos fenómenos, el Cristianismo ofrece su naturaleza á la vez humana y sobrehumana, su naturaleza universal, que sabe apreciar, así las pequeñas como las grandes cosas. Une el valor juvenil, el vigor y la frescura, que se admira en la Grecia de los mejores tiempos, á la dignidad, á la madurez reflexiva y conmovedora del romano, á la amplitud de espíritu que distingue al oriental, sin apropiarse los defectos que van unidos á las tres cualidades de estos pueblos. Por lo contrario, puso en su lugar una lucidez, una seguridad, una perspicacia desconocidas hasta entonces, cualidades que han dado á la inteligencia un vuelo que no retrocede ante las más profundas especulaciones, y un horizonte grandioso, al cual se une un arte casi incomprendible de análisis y de síntesis. Orden y osadía, grandeza y medida, entusiasmo y resistencia infatigable, poesía y prosa, audacia de imaginación y soberanía intelectual, calor y fuerza de voluntad, en una palabra, las cualidades más inconciliables en apariencia se encuentran en él en maravillosa armonía.

Y, sin embargo, no hemos hecho más que hablar de los modos naturales de actividad del espíritu cristiano. Porque el poder interior sobrenatural, que le da su vida, prefiere siempre manifestar su naturaleza y su fuerza por efectos que no pueden ser producidos por ninguna otra causa natural exterior, pero que, sin embargo, son de tal naturaleza, que parecen provenir de acciones verdaderamente humanas y naturales.

**15. La victoria del Cristianismo por la fuerza sobrenatural.**—De aquí que podamos fácilmente representarnos la cólera y el odio que debieron apoderarse de los orgullosos herederos de Pericles y de los Scipiones, cuando tuvieron que convencerse de que su última hora había sonado, que el esplendor y el poder habían comenzado á abandonarlos, y esto por causa de gentes que apenas se

dignaban mirar y que consideraban como los más despreciables de todos los bárbaros.

Curiosa disposición de la providencia de Dios es, que todos los antiguos pueblos civilizados, con todas sus conquistas y, con más frecuencia aún, con su resistencia, no hayan hecho más que preparar el camino al Cristianismo, y que, en consecuencia, éste les haya obligado á entrar en la sombra y aun en la nada.

Al más bajo, al más despreciable, al más pequeño de todos los pueblos de la tierra, al pueblo judío, ó mejor dicho, no á éste, sino á aquella pequeña fracción que de aquel pueblo había sido rechazada como desperdicio, le estaba reservado el honor de transformar la tierra, de constituir una nueva civilización que contuviese todo lo que la antigua encerraba de bueno y le añadiese algo de infinitamente más elevado y grande.

Si en la antigüedad hubiese habido alguien capaz de salvar al mundo y de renovarlo, de perfeccionarlo y hacerlo feliz, hubiese sido sin contradicción Alejandro el Grande. Pero precisamente con él empieza la gran decadencia. Todavía la esperanza hízole levantar otra vez su cabeza fatigada, cuando aparecieron César y Augusto; pero en vano, pues fué aquel el último destello de la luz que se extingue chisporroteando. La humanidad iba á resignarse á su suerte, exclamando: «Ya no hay socorro que esperar de los hombres». <sup>(1)</sup>

Mas precisamente en aquel momento, y sin que ella pudiese advertirlo, el socorro aparecía ante sus ojos. La ciencia de los sabios orgullosos y la pujanza de los depositarios del poder habíanse mostrado incapaces de curar los males, á pesar de las hermosas palabras prodigadas sobre este punto. De este modo, encontrábase el hombre dispuesto á prestar por lo menos oídos á las palabras del Galileo y de algunos pescadores judíos, por más que no ofreciesen la salvación con el énfasis hueco con que ordinariamente lo hacían los grandes paganos, pero con la seguridad mo-

(1) Ps. LIX, 13; CVII, 13.

desta de verdaderos salvadores. Como no habían estudiado nunca en las escuelas de su país, <sup>(1)</sup> no podían, con mayor razón, aprender la ciencia y la política del mundo pagano. De aquí que no prometiesen nada tan grandioso, ni una renovación del mundo tan instantánea como aquéllos, como tampoco prometían el fin de todos los dolores y luchas, ni menos pronunciaban discursos inútiles, ni hacían alardes de vanidad. Sólo ofrecían la sabiduría y el poder de Dios <sup>(2)</sup> en una envoltura de poca apariencia, el poder de Dios, capaz de curar á quien creyese en Él. <sup>(3)</sup> Pero con estas solas palabras lo prometían todo. Y todos los que se llegaban á ellos y creían en sus palabras, separábanse glorificando á Dios y declarando que jamás hombre alguno había hablado como ellos, <sup>(4)</sup> ya que poseían una sabiduría y una fuerza más grandes, más profundas, más bienhechoras, que el ruido que de ellas se había difundido por el mundo.

(1) Juan, VII, 15.

(2) I Cor., I, 24.

(3) Rom., I, 16.

(4) Juan, VII, 46.